

Un profesor contratado para organizar el Instituto de Anatomía Patológica, a quien todos reconocían competencia en su ramo, tuvo que volver a Alemania porque ni los profesores ni los estudiantes chilenos pudieron tolerar su insolencia. Un ingeniero a quien se había confiado la Dirección General de los Ferrocarriles debió retirarse por su absoluta inhabilidad para adaptarse al carácter y maneras de ser de los chilenos. Y en ambos casos no procedía la resistencia de una ciega oposición al extranjero: el primero fué reemplazado con feliz éxito por un profesor italiano, y el segundo por un ingeniero belga que permaneció largos años en el cargo.

En medio de su avance comercial, que era grande en Chile como en todo el mundo, con el prestigio de sus triunfos militares del 70, origen de la moda de imitación de lo alemán, no obstante la acción eficaz de los instructores militares y los viajes de oficiales chilenos a Alemania, a pesar de sus profesores entre los cuales, lo repito, ha habido hombres que gozan de generales simpatías, y aun cuando eran muchos los chilenos que admiraban la potencia germánica de organización, los alemanes jamás han podido penetrar en el alma chilena.

Los agentes del plan de penetración no supieron hacer esfuerzo alguno para comprender el carácter nacional o adaptarse a sus necesidades, mostraron en muchos casos un orgullo ofensivo y no pocas veces hirieron los sentimientos chilenos por la exhibición de una conciencia de superioridad no bien justificada.

#### IV

Había en Chile antes de la guerra en los elementos intelectuales y directores una grande y profunda afección por Francia, por su cultura, su historia, su civilización cuyo contacto nos había ayudado a realizar el progreso de la República. Como ya he dicho, generaciones tras generaciones se habían formado bajo influencias casi exclusivas de la cultura francesa.

Estas simpatías llegaban hasta el fondo de las masas populares con quienes vivían tradicionalmente en armonía y mutua comprensión los residentes franceses.

Ni las relaciones políticas de los Gobiernos, que eran corteses pero frías, ni las comerciales que eran relativamente escasas, correspondían a este afecto fundado en una comunidad intelectual y moral.

En los últimos años, preciso es decirlo, la vida política francesa, que probablemente veíamos en Chile desfigurada por las exageraciones de la propia prensa francesa, había despertado en algunas personas, sinceras admiradoras de Francia, una impresión pesimista respecto de esta república. La agitación político-religiosa que acompañó y siguió a la aprobación de las leyes que separaron la Iglesia del Estado, produjo no sólo entre los conservadores, sino aun entre muchos liberales chilenos, un efecto penoso.

La Gran Bretaña gozaba en nuestro país de la admiración entusiasta que merecen sus instituciones políticas, y la evolución ampliamente democrática en que se veía entrar a ese país era seguida en Chile con vivo interés. Los ingleses residentes entre nosotros eran muy estimados y se les consideraba buenos factores de progreso, sin que la simpatía de que gozaban llegara a la franca popularidad y fusión íntima de los franceses.

Ambas nacionalidades se nos presentaban como cooperatoras de nuestro progreso, como auxiliares de nuestra riqueza y bienestar, sin que jamás ninguna de ellas nos dejara ver ambiciones de esas que despiertan recelos en los países débiles, porque su política, tanto la británica como la francesa, lejos de ser invasora o absorbente, era más bien negligente de los intereses que podían desarrollar en Chile.

Ya hemos dicho con qué sentimientos encontrados acogían los chilenos la penetración alemana, de cuyo plan de conjunto, sea dicho de paso, no se daba cuenta todavía el país. De un lado, admiración por sus métodos y el empuje irresistible con que los aplicaban, gratitud por la obra realizada en el Ejército, seducción de la fuerza que arrolla obstáculos. Del otro, una vaga inquietud, una especie de instinto popular que hacía resistir la germanización y desear que hubiera en Chile menos actividad alemana.

Si los alemanes no habían aprendido a conocernos, tam-